

EL BREXIT, ¿PRINCIPIO DEL FIN O NUEVO IMPULSO PARA LA UNIÓN EUROPEA?

Josep Borrell Fontelles

Ex Presidente del Parlamento Europeo. Ex Ministro del Gobierno de España

RESUMEN:

El Brexit puede ser un factor que relance el proyecto europeo o puede ser el principio de su fin. Existe la posibilidad de que el Brexit pueda generar un “efecto contagio” estimulando referéndums nacionales sobre la pertenencia a la UE en otros países o por el contrario que actúe como un catalizador que obligue, al menos, a repensar qué clase de Europa se quiere construir y en qué consiste la identidad europea.

ABSTRACT:

Brexit will either help relaunch the European Project or it will mark the beginning of the end. It may trigger a “domino effect”, encouraging other countries to hold their own referendums on whether they wish to remain in the EU. Alternatively it may act as a catalyst that will at least force us to rethink what kind of Europe we want to build and what European identity truly means.

PALABRAS CLAVE *Brexit, Unión Europea, Reino Unido.*

KEYWORDS: *Brexit, European Union, United Kingdo*

Más que a una de sus habituales crisis, la Unión Europea (UE) se enfrenta hoy a una multicrisis (económica, monetaria, inmigración, terrorismo, populismos...) cuyo último componente ha sido el Brexit, es decir la decisión del pueblo británico de salir de la UE.

En efecto, el 23 de junio del 2016 el 52 % de los británicos que participaron en el referéndum votaron a favor de salir de la UE. Ese día será una fecha histórica para el Reino Unido y también para la UE. La decisión de los británicos pretendiendo reconquistar una soberanía que en realidad nunca habían perdido, tendrá importantes

consecuencias geopolíticas. Parece una reminiscencia de la vieja ambición de jugar la carta de la mundialización imperial en contra de la europeización, apoyándose en la Commonwealth y la “relación especial” con EE.UU.

Lo podemos lamentar, pero, nos guste o no, no cabe sino respetar la decisión de los británicos de dejar de pertenecer a la UE, aunque se haya tomado sin ninguna exigencia de quórum ni de mayoría cualificada.

Y también procurar que se ponga en práctica cuanto antes, aunque muchos de los que apoyaron el Brexit ahora parecen

horrorizados por el resultado. Hasta el punto de que más de 4 millones de británicos han pedido ya que se celebre un segundo referéndum. Pero un segundo referéndum, o cualquier intento de utilizar la actual mayoría anti-Brexit en la Cámara de los Comunes para frustrar el resultado del primero, podría crear más división y hacer más impopular la causa europea.

Aunque algunos británicos piensen que no todo está perdido y que cuando se vean las consecuencias económicas de la decisión crecerán las presiones para que esta se reconsidere, siempre pensé que era un error pensar que la Sra. May, que votó en contra del Brexit, pudiese esquivar la obligación democrática de hacerlo efectivo.

Y después de su discurso del pasado 17 de enero anunciando un “Brexit duro”, es decir con todas sus consecuencias entre ellas la salida del RU del mercado único y de la unión aduanera, y hacerlo de forma tan agresiva como lo había hecho antes en el Congreso del partido conservador, ya no debe quedar ninguna duda al respecto.

Un aspecto positivo del Brexit es que ha demostrado que la UE no es una “cárcel de los pueblos”, como se le acusaba; los británicos son libres de salir de ella porque una mayoría así lo ha deseado. Pero las cuestiones que se debatieron en el Reino Unido se plantean en otros países y continuarán siendo objeto de debates en la mayoría de los países y en Bruselas, sobre todo en lo que se refiere a la libre circulación de personas y de trabajadores y el equilibrio del poder entre la UE y sus estados miembros.

El Brexit ha provocado demandas de aprovechar la ocasión con audacia para evitar la decadencia del ideal europeo. ¿Puede el abandono británico servir para provocar el salto adelante en la integración que necesitamos? ¿Podemos hacer de la necesidad virtud y dar un nuevo impulso al proyecto

européico al que los británicos ponían palos en las ruedas continuamente?

Puede ser difícil, porque la pareja franco-alemana, sin la cual no hay nada que hacer, está en desacuerdo en casi todo, desde la inmigración a la política monetaria y a cómo tratar el excesivo endeudamiento de las economías europeas. Y la creciente asimetría entre el poder económico de esos dos grandes países y su diferente papel en la globalización tampoco ayudan a forjar un proyecto común.

Merkel, que tiene elecciones en septiembre, sabe que su opinión pública no pide más integración ni más riesgos compartidos con los demás estados europeos, y teme que eso de más argumentos al partido euroescéptico Alternativa para Alemania que tiene el viento en popa en las encuestas.

Y Francia va a vivir en plena precampaña de las presidenciales con la amenaza de que la Sra. Le Pen aproveche el tirón populista que representa la victoria de Trump en EEUU. El que el candidato de la derecha, sea, también por sorpresa, el Sr. Fillon, y los socialistas estén profundamente divididos y debilitados, aumenta la incertidumbre en la que va a vivir sumida la política interior francesa. Malos tiempos para tomar decisiones trascendentales en lo que al futuro de Europa se refiere. Y el auge de los movimientos políticos que contestan el principio mismo de la construcción europea, más por razones identitarias que económicas, es un problema cada vez más serio.

Y eso ocurre porque la sociedad europea de hoy, y especialmente los más jóvenes, creen que tragedias como la batalla del Somme (1 de julio 1916), conocida como el “Verdun de los ingleses”, en cuyo primer día de combate los británicos tuvieron 20.000 muertos y 40.000 heridos y acabó con 1.200.000 muertos de los cuales 400.000 británicos, no pueden volver a ocurrir. Les parece que la paz es el estado natural de las cosas.

Y aunque esa paz la hayamos conseguido gracias al proceso de integración europea, una vez conseguida la paz ya no es un elemento movilizador. Europa es la paz. Bien, ¿y que más?, parecen preguntar los euroescépticos y eurófobos que crecen en todos los países y han demostrado ser mayoría en el RU. Algunos queremos que sea mucho más, pero no deberíamos dejar de reconocer el enorme mérito que tiene lo que ya ha conseguido como base previa a seguir construyendo esa unión “cada vez más estrecha” que proclamaba el Tratado de Roma y todavía repetía, con el acuerdo británico, el de Lisboa.

Para alumbrar ese futuro es ilustrativo preguntarse por qué han ganado en el Reino Unido los partidarios del abandono de la UE.

Quizás ganaron los brexistas porque la UE no concedió a Cameron cambios suficientes en el status del RU. O porque el partido laborista tardó en presentar una defensa unificada de la permanencia y su líder Corby fue débil y titubeante. Como lo ha demostrado su reciente cambio de posición abrazando la idea de construir un Reino Unido mejor fuera de la UE y de limitar la movilidad de los trabajadores europeos. O porque las políticas de austeridad han reducido los niveles de vida y creado pobreza y marginación. O porque no se comunicó con eficacia una narrativa coherente y positiva acerca de la utilidad de la UE y de su futuro. O, quizás y sobre todo, se perdió porque en realidad el referéndum sobre salir o no de la UE se convirtió en un referéndum sobre la inmigración, haciendo creer a muchos británicos que, por culpa de la UE, serían invadidos por miles de refugiados como le ocurre a Grecia, cuando en realidad no ha llegado ninguno a sus costas. Y que la entrada de Turquía, presentada como algo inminente, agravaría el problema.

Añádase a ello la muy baja calidad política de la campaña. El triunfo de las emociones y las falsedades sobre las razones y los datos constatables, lo que ahora, y sobre todo

después de la elección de Trump, se viene en llamar la época de la post-verdad. El Reino Unido solía ser reconocido por la calidad de su debate público y de sus órganos de radiodifusión, por la cortesía, la decencia y el *selfrestrain*, la autocontención, de su gente. Algunos de mis amigos británicos se preguntan si este sigue siendo el mismo país que conocían desde hace veinte o treinta años. ¿De dónde ha salido sino tanta tosquedad, con la gente insultando a los inmigrantes polacos, buenos trabajadores, residentes legales como ciudadanos europeos que son, que pagan sus impuestos y han contribuido a la prosperidad del país, pidiendo que se vuelvan a sus casas?

Las consecuencias serán malas para todos y creo que para los británicos más que para el resto de los europeos. Salir de la UE tiene muchos inconvenientes para un país con un fuerte déficit comercial con la Europa continental, destino del 43 % de sus exportaciones. Y las soluciones que habrá que buscar ahora no evitarán la libre circulación de los ciudadanos comunitarios si quieren mantenerse en el mercado único en condiciones parecidas a las de Noruega. Y en términos de aportaciones de recursos al Presupuesto comunitario tampoco les va a salir gratis porque Noruega también tiene que contribuir y además sin poder influir en las decisiones comunitarias que les son de aplicación.

La posición británica ante estas cuestiones la ha contestado y fijado de manera rotunda la Sra. May en su discurso del 17 de enero, utilizando un tono antieuropeo que es un mal presagio para el desarrollo de las negociaciones que van a empezar en marzo, casi día por día con la celebración del 60 aniversario del Tratado de Roma. Si ya se esperaba que su posición fuera dura, sus planteamientos han superado las expectativas en tres puntos fundamentales.

En primer lugar, formulando una denuncia en toda regla del proyecto económico europeo. Para la premier británica, el

funcionamiento de la Unión impide a sus países miembros maximizar su potencial de crecimiento, no concede suficiente flexibilidad para desarrollar los distintos modelos de negocio que demandan economías diversas, ni el suficiente control democrático de las decisiones, ni la suficiente apertura externa de las economías, ni el necesario control de los flujos de mano de obra.

En lógica consecuencia, la Sra. May cree ahora, aunque votara en contra, que la salida del Reino Unido de la UE aumentará el crecimiento económico y permitirá aumentar la firma de acuerdos de libre comercio y desarrollar su actividad exportadora.

Es fácil creer desde el otro lado del Canal de la Mancha que esos argumentos son falaces. En realidad la economía europea está ya muy abierta comercialmente y los debates sobre los acuerdos comerciales con los EEUU (Tafta) y Canadá (Ceta) han puesto de manifiesto que las ganancias esperables en términos de crecimiento no eran muy grandes. ¿Y es razonable creer que los británicos aislados tendrán un mejor equilibrio de poder en las negociaciones que Europa tiene que tener con China?

El segundo componente de su planteamiento es el de un rechazo neto y claro de los inmigrantes europeos. ¡Ya durante la campaña del referéndum los partidarios del Brexit explicaban a los inmigrantes pakistaníes que estaban discriminados con respecto a los polacos!

Aunque May siga diciendo que quiere un país abierto, que no de la espalda a los demás ciudadanos europeos ni se desentienda de los problemas de los flujos migratorios, lo cierto es que reconoce y denuncia que "la llegada de extranjeros ha ejercido presión sobre los servicios públicos, las escuelas, congestionado nuestra infraestructura, en particular la situación de la vivienda y ejercido una presión a la baja sobre los salarios de la clase obrera".

Unos argumentos que el líder laborista ha hecho suyos al menos parcialmente. En resumen, aparte de personal altamente cualificado que pueda aportar un valor añadido claro a la economía británica, los extranjeros europeos ya no son bienvenidos en el Reino Unido.

Es sin duda un mensaje guiado por consideraciones de política interior. May quiere asegurar a los que votaron Brexit que ha entendido sus razones... y que por eso merecerá su voto en las siguientes elecciones. Aunque sea al precio de un discurso xenófobo que ha merecido el aplauso de Nigel Farage, el ex líder de la extrema derecha del partido UKIP y gran vencedor del referéndum.

Y finalmente, la *premier* británica ha puesto sobre la mesa las cartas de lo que será su posición negociadora con la UE. Su objetivo es firmar un acuerdo de libre comercio con el continente, lo que significa que los aranceles sean bajos o nulos y compartir algunas de las actuales regulaciones, especialmente en la construcción de automóviles o la prestación de los servicios financieros. Si se abandona el famoso "Pasaporte" que permite la venta de productos financieros británicos en Europa, la City sufrirá un duro golpe, perspectiva que ya ha provocado el anuncio de HSBC de la transferencia de sus 1.000 puestos de trabajo del banco de inversión de Londres a París.

Muchos detalles quedan abiertos. Por ejemplo hasta qué punto están dispuestos los británicos a que el BCE controle las transacciones en euros realizadas desde Londres. Pero por si acaso no consiguen lo que quieren, la Sra. May ya nos ha advertido que el Reino Unido puede emprender una política de dumping social, fiscal y regulatorio para atraer a las empresas europeas y mundiales. Es decir, amenaza en convertir al reino Unido en un gran paraíso fiscal a las puertas de Europa.

La condena del proyecto europeo que ha hecho May es muy parecida a la que ha hecho

Trump, que se ha apresurado a cambiar la posición de Obama claramente contraria al Brexit. Y los europeos que queremos seguir avanzando en nuestra integración no podemos dejar de preocuparnos por lo que representan las posiciones de esos dos grandes países.

El Brexit puede ser un factor que relance el proyecto europeo o puede ser el principio de su fin. Ciertamente que la UE tiene otros desafíos, quizás más graves, como nos lo recuerdan trágicamente los atentados terroristas y las dramáticas consecuencias de los insostenibles niveles de desempleo en muchos países, especialmente el nuestro. Pero es seguro que el Brexit provocará un choque geopolítico de la mayor importancia y no solo para la UE.

El Brexit puede actuar como un catalizador que nos obligue al menos a repensar qué clase de Europa queremos construir y en qué consiste la identidad europea. El 2017 puede ser un año de grandes celebraciones o el réquiem de la Unión Europea.

Finalmente, no olvidemos que Reino Unido es un caso muy particular dentro de la construcción europea. Desde el discurso de Churchill en Zúrich al día siguiente de acabar la II Guerra Mundial los británicos nunca han ocultado sus reticencias hacia un proyecto de integración política europea.

El Brexit ha sido provocado por el desacuerdo latente que ha existido desde el principio en las relaciones entre el Reino Unido y “Europa”. A ello se han añadido varios factores coyunturales que han contribuido al resultado del referéndum, entre ellos el rechazo social a las élites políticas y financieras londinenses y las luchas de poder en el seno del partido conservador. El resultado refleja también las características específicas desde el punto de vista histórico y geográfico del Reino Unido: su insularidad, su pasado imperial, su apertura económica bien al contrario y sobre todo, el Brexit puede ser una oportunidad para que la Unión

más global y su decidida resistencia al nazismo. Estas características explican por qué los electores de mayor edad no son tan “proeuropeos” como en otros países, en particular en el nuestro. La eurofobia de la prensa populista británica también ha desempeñado un papel clave en el resultado del 23 de junio.

La cuestión es si el Brexit va a ser una vacuna contra nuevos abandonos de la UE o si por el contrario va a generar un “efecto contagio” estimulando referéndums nacionales sobre la pertenencia a la UE en otros países europeos. Es posible que así sea ya que en varios países las fuerzas políticas minoritarias reclaman los referéndums por ser incapaces de conquistar el poder por la vía habitual de la democracia representativa. Pero me parece que las dificultades que se están poniendo de manifiesto sobre cómo administrar el Brexit en la práctica y sus efectos económicos negativos, van a producir más bien un “efecto vacuna” y disuadir esos intentos.

Tampoco conviene confundir el euroescepticismo, la crítica a menudo contradictoria de la UE, y la degradación de su imagen, con la eurofobia, es decir, la voluntad de salir de la UE. En el caso de muchos Estados miembros, salir de la UE significaría también salir del euro y del espacio Schengen (la supresión de fronteras interiores) y esta doble ruptura tendría consecuencias mucho más graves que la “simple” salida británica ya que a fin de cuentas el Reino Unido no está ni en la unión monetaria ni en Schengen, aunque sea ya de por sí suficientemente desestabilizadora para el Reino Unido.

Por todo ello, y pecando quizás de optimista, no creo que el Brexit sea el inicio de un proceso de “desintegración” de la UE. A pesar de las importantes divisiones entre los pueblos y los Estados miembros que la componen, no creo que haya muchos que tengan ganas de imitar a los británicos. Más Europea tome conciencia de la gravedad de sus crisis y se decida a actuar con mayor

energía frente a las amenazas a las que tiene que hacer frente.

A pesar de las dificultades que antes he reseñado, después del Brexit, deberíamos ser capaces de dar saltos cualitativos en el proceso de integración, haciendo del euro un instrumento de progreso compartido, lo que exige cambiar el sistema de piloto automático basado en reglas fijas e inamovibles, por un verdadero gobierno europeo, dando más legitimidad democrática de sus órganos, empezando por el Parlamento Europeo.

Considerando los problemas del desempleo y de la desigualdad como problemas que exigen soluciones a la escala europea.

Garantizando la seguridad en nuestras fronteras exteriores, que son fronteras comunes a todos y no solo del Estado que está en una determinada posición geográfica. Creando un sistema de asilo europeo que reparta las cargas que la actual situación geopolítica produce y aumentando la cooperación en materia de seguridad para hacer frente a la amenaza terrorista y la capacidad de defensa común.

Ojala que el Brexit sea la ocasión para avanzar en esa dirección. Esperemos no dedicar los dos próximos años a discutir cómo se van los británicos, sino a acelerar la búsqueda de soluciones a los problemas de la UE, que a lo mejor se resuelven mejor sin el que ha sido su miembro más reticente.